

Literatura, Linguística y Ciencias Sociales



Óscar Quintero
De la serie De alas y de hada
"Tatama"
Técnica mixta sobre MDF
35x25 cm
Año 2003

Literatura y Ciencias Sociales (o de cómo Emilio Renzi fue vencido por los demonios) *

Miyer Fernando Pineda **

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
losabajofirmantes@gmail.com

Resumen:

El artículo busca proponer el debate sobre el problema de la relación entre Literatura y Ciencias Sociales, las limitaciones y los alcances de estos estudios, las posibilidades que se presentan si se discuten la necesidad y la importancia de acercarse a la Literatura desde las Ciencias Sociales como marco de conocimiento en el que el juicio estético no sólo es prueba de rigurosidad intelectual sino de calidad académica, y que supone a su vez ser el resultado de un interesante marco conceptual tejido desde la inter y transdisciplinariedad.

Palabras clave:

Literatura, Ciencias Sociales, representación, imaginarios, lenguajes, humanismo.

* Artículo introductorio de la propuesta investigativa *Análisis de tres novelas de Eduardo Caballero Calderón sobre la violencia*, enmarcada dentro del proyecto Imago de SMD.

** Licenciado en Ciencias Sociales y Magíster en Historia de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Ha publicado los libros de poemas *Cuerpos en braille* (UPTC, 2005) y *El hastío de las manos* (Culturama, 2010), ambos libros finalistas en certámenes nacionales. Ponente en diversos eventos. Investigador de la Corporación Si Mañana Despierto para la Creación e Investigación de la Literaturas y las Artes (SMD).

Literature and Social Sciences (or on how Emilio Renzi was defeated by demons)

Abstract:

This article is rooted on the debate about the relation between Literature and the Social Sciences, the limitations and reaches of such approaches. It examines the possibilities opened up when discussing the necessity and importance of approaching Literature from the Social Sciences as a frame of knowledge, where aesthetic judgment is not only taken as evidence of intellectual rigor but also of academic quality, which results in a rich inter- and trans-disciplinary conceptual framework.

Key words:

Literature, Social Sciences, image repertoire, representation, languages, humanism.

“En el Nuevo Mundo el ser esclavo de la musa de la historia ha dado lugar a una literatura de la recriminación y la desesperación, una literatura de la venganza, escrita por los descendientes de los esclavos, o una literatura del remordimiento, escrita por los descendientes de los amos”.
Derek Walcott

A comienzos del siglo XVII apareció el Quijote, un librito que es la eterna imagen de América Latina y de muchos personajes épicos latinoamericanos: librito que llegó de contrabando en cajas repletas de tinta, plumas, papel, y a lo mejor una que otra novela de caballería que le hizo compañía a modo de amuleto en ese mundo inhóspito que se encontraba en ultramar; librito que tuvo que llegar de contrabando porque la censura impuesta por la Inquisición había satanizado la lectura y la imaginación, consciente quizá de que la imaginación y la lectura estimulan el pensamiento, o por lo menos la actitud crítica; elementos peligrosos para una institución que ha denostado y destruido la profundidad de lo sagrado, en aras de imponer los monstruosos abismos que repelen la humanidad, tan característicos del atavismo colectivo que se institucionaliza, por lo general, -como sucedió en Colombia- para defender intereses de clase. Es realmente interesante pensar en la travesía de algunas de las ediciones del Quijote, resguardadas en baúles o guacales, en navíos construidos al finalizar el siglo XVI para atravesar el Atlántico del siglo XVII, y concluir que se trata de la fabulación dando lecciones sobre la condición humana, tan abocada a caer en las redes de la imaginación, o tan inclinada a lo contrario, a denostar de la ficción, precisamente por lo mismo, porque la ficción no es ciencia, trata lo que hubiese podido ser, es una pesquisa de lo humano desde puras y simples fantasmagorías. No tiene asidero en la realidad que produce la Academia, que es la única realidad que existe. No tiene legitimidad en esa otra realidad que ha sido impuesta y que se celebra en los medios, y que se resguarda incluso con sangre y exterminio, y que también, es la única realidad que existe.

Crear que la literatura es una forma de conocimiento está mal en la Academia, aunque en sus pasillos haya

decenas de muchachos con un libro de Cortázar (o de Kundera, de Piglia o de Vila Matas) bajo el brazo; aunque un poema pueda ser la síntesis de todo lo que se ha escrito sobre ética y moral; aunque un verso pueda más que una pedrada o que la inmolación que condena la inocencia, y esto lo explicaría mejor el poema Masa de don César Vallejo, o la biografía del poeta Roque Dalton, asesinado por la ignorancia de la extrema izquierda salvadoreña, acusándolo de ser miembro de la CIA, o incluso la novelita del poeta ecuatoriano Jorge Enrique Adoum, Entre Marx y una mujer desnuda (1976), en cierto sentido, ilustraría desde una óptica exquisita, la atmósfera ideológica romántica que determinó las vidas de muchos jóvenes, en lo que en Latinoamérica se conocería -según don Roberto Bolaño-, como una nueva versión de las guerras floridas, en las que los sacerdotes de las nuevas religiones exigían salir a la caza de hombres para ser sacrificados y de esta manera poder saciar a sus dioses; y así se hizo, y así se hace, y así se hará, y, hasta el momento, ya van cientos de miles de muertos y de desaparecidos y de moribundos, en estas guerras épicas que se han librado a lo largo del continente, con verdaderos quijotes como soldados, enfrentándose a monstruos mitológicos y cerberos delirantes, entrenados en Harvard, en la Escuela de las Américas, o en cualquier otro antro que produce mercenarios en masa, como quien produce automóviles.

Pensar así de la literatura está mal en la Academia, es una herejía ceder a esos impulsos; va en contravía de la ciencia que se ha esforzado en construir un soporte que demuestre que se ha aplastado la ingenuidad y la tradición malsana que impedía consolidar las ciencias humanas como tales, aunque existan maestros como Jacques Le Goff, quien dice que nunca hemos salido de la edad media; o aunque existan maestros como Jesús Ibáñez, quien asegura que todos estos denominados “científicos sociales” (muchos de ellos tal vez sin proponérselo), no han hecho más que: “Mantener el dogal en el cuello de la gente”. Según Ibáñez: “Toda la cultura occidental es una cultura atravesada por las luchas de clases, y por tanto explotadora”, convirtiéndose así en: “una cobertura ideológica de la esclavitud”; a juicio de Ibáñez, estos denominados “científicos sociales”: “Hacen lo que hacen sin pensar en lo que hacen, aplican sus rutinas sin saber por qué ni para qué. Rutinas que han tomado prestadas

de una ciencia que se construyó en otro tiempo –hace 300 años- para otros fines –el estudio de los fenómenos físicos-” (1998, p. 7), y que ha desterrado a las humanidades, o ha parcelado los estudios humanísticos, llegando a imponer la premisa de que no es posible integrarlos nuevamente, aunque en el discurso “académico” de turno se diga lo contrario.

Se cree que esta aplicación de la ciencia a la sociedad nos ha hecho menos proclives a la fantasía; menos inocentes e ingenuos; por ende no caben interpretaciones que pongan en evidencia la científicidad, aunque sólo así se entienda uno de los títulos de los trabajos de Rafael Gutiérrez Girardot: *Heterodoxias*, es decir, herejías, porque no de otra forma se soportarían sus reflexiones sobre la cultura latinoamericana, construida sobre el curso de una tradición literaria y filosófica, que es la evidencia intelectual de la búsqueda de la esencia latinoamericana, o, al menos, una utópica muestra de lo que para muchos intelectuales significa ser latinoamericano. En una Academia que vive de la simulación y del discurso burocrático que ha construido para alabarse a sí misma, es una herejía pensar que la relación literatura y ciencias sociales, tendría cosas que decir; aceptar esa tesis implicaría volver a Sartre, y retomar la vieja discusión sobre la función social de la literatura, y de las implicaciones éticas que comprometen al escritor con su tiempo, y que le responsabiliza de reflexionar su época y de volcar todo su poder fabulador y crítico, a recordar de manera minuciosa e insistente, la dignificación de la condición humana. Sugerir la importancia de esta relación, exigiría a los académicos redimensionar sus paradigmáticas concepciones de lo que significa la literatura para un pueblo, que podría perfectamente ser una de las formas de su filosofía, o al menos un recurso para la provocación filosófica, un profundo pretexto para debatir el conocimiento que se produce a este lado del Atlántico.

Pero pensar en el Quijote es pensar en un espejismo construido sobre la mentalidad de una época que no nos abandona, la época de lo humano debatiendo el mundo. Pensar en el Quijote y en América Latina, es pensar en que la literatura sugiere lo que cuenta y lo que no cuenta la historia oficial; lo que calla, lo que amordaza. Pensar en el Quijote es pensar en el problema de la

novela, por ejemplo. Personalmente, como maestro de ciencias sociales, de ética, de historia, no dejo de pensar en que estas disciplinas deberían enfocar parte de su esfuerzo a explicar por qué no ha muerto la novela; a explicar por qué la ficción es un recurso humano, o por qué hay quienes consideran que se atreve a cuestionar al poder, asumiéndose como el moscardón de Atenas, o, por lo menos, intentar explicar por qué es más real don Quijote que sus contemporáneos, por qué se ha metido en la conciencia del mundo, en los intersticios de la memoria, hasta el punto de convertirse en el icono latinoamericano por excelencia, en el rito constante de la lengua; o por qué pareciera que la literatura, en la mayoría de los casos, se pone de lado de los débiles, de los perdedores, de lo subjetivo, de la individualidad aplastada por la masa que sólo sirve para engrosar estadísticas; y para respaldar esta posición se pueden citar a los sospechosos de siempre: Fuentes, Vargas Llosa, Benedetti, Rulfo, Roa Bastos, Arguedas y Ribeyro, y a toda esa generación que los precedió y que se engloba en lo que se conoció como literatura de la tierra, indigenista, social.

El novelista español Javier Marías nos dice al respecto: “Una novela no sólo cuenta, sino que nos permite asistir a una historia o a unos acontecimientos o a un pensamiento, y al asistir comprendemos” (1995).

La literatura y el arte nos permiten comprender, y ese acto de comprensión, es decir, esa comprensión del sentido, tendría que ser reflexionado desde las ciencias sociales; pensar en el escritor como un punto de focalización de la cultura, que lamentablemente poco a poco ha ido cediendo sus herramientas críticas al espectáculo publicitario, que impactó de manera terrible en la concepción que se había construido sobre el escritor al servicio de la dignidad humana, tal como lo habían indicado Émile Zola y Anatole France, quienes se asumieron como intelectuales, denunciando los síntomas del malestar social, político y cultural, sobre los que sobrevivía la humanidad de su tiempo.

A propósito de este planteamiento, en la escuela de ciencias sociales de la UPTC, tuve un maestro historiador con quien discutimos este problema de la relación entre literatura e historia. Concluimos que no

se trataba de un problema de legitimidad teórica; allí estaban Marx, Lukács, Bajtin, Sartre, Kristeva, Barthes, Gutiérrez Girardot, Zuleta y Raymond Williams, sino de discursitos producto de sesgos e incompetencias intelectuales, o de simples formas dogmáticas encubiertas tras máscaras teóricas rígidas, que señalaban la especialización de las disciplinas que conforman las denominadas ciencias sociales. Como no se lee literatura entonces la literatura no sirve. Como la mayoría de nuestros maestros nunca leyeron literatura entonces nunca nos hablaron de esa posibilidad. Como los índices de lectura en nuestro país son aterradores y no pasan del canon aplicado por los profesores de español en los colegios, a los que se suman la bibliografía que se rotan los asistentes a tertulias y talleres, y los rastreos y búsquedas personales que hacen los escasos lectores que sostienen la estadística de la vergüenza, según la cual, en Colombia los colombianos se leen en promedio 1,6 libros al año, entonces se ha legitimado esa sospechosa actitud neoliberal de engavetar la literatura como una forma hedónica, que debe ser frivolidada a toda costa, y que por si fuera poco, debe ser ninguneada en los espacios académicos que competen a las ciencias sociales. Y esto más que un fundamento científico parecía un elemento que pondría en evidencia el malestar intelectual de nuestra escuela. Como la escuela de ciencias sociales quedaba en el tercer piso, me dijeron que tendría que bajar a estudiar en la escuela del segundo piso, donde queda la escuela de idiomas, en la que hay algunos profesores que se han preocupado por esos asuntos literarios, tan extraños y ajenos a las ciencias sociales del tercer piso, en la que, sin embargo, en ocasiones se hablaba de Marx, por ejemplo, pero seguramente un Marx ajeno a la literatura y al arte, y, por lo tanto, ajeno a la condición humana.

¿Qué habrían pensado Marx, Braudel, Benjamin, o Gutiérrez Girardot y Estanislao Zuleta a este respecto? O ¿Qué habrían pensado los mismos escritores? ¡Mejor!, dirían, no hay nada más lamentable para un escritor o un pensador que la Academia que aún vive de reduccionismos y de imposturas intelectuales, y que ahora se encuentra a merced de los políticos neoliberales de turno. Ya lo dijo don Fernando Vallejo en alguna de sus columnas, y permítanme que lo cite de memoria:

“Para saber que algo está bien, lo contrario de lo que diga la Academia”. Sin embargo, permítanme también, que cite al historiador Fernand Braudel:

Cuando es imposible tener un conocimiento personal de América, se tiene que leer su admirable literatura, directa, poco sofisticada, ingenua y decididamente comprometida: permite hacer miles de viajes con la imaginación, y su testimonio es de una claridad tal que supera a todo lo que los reportajes, los estudios sociológicos, geográficos e históricos (y sin embargo, estos últimos son, con frecuencia, excelentes) puedan ofrecernos (1975).

Ni siquiera el gran historiador Fernand Braudel, reconocido como uno de los padres de las formas modernas de hacer Historia, y citado por todos nuestros historiadores, excluye la literatura; por el contrario, la utiliza como un elemento de conocimiento; lo curioso es que por aquí el historiador se quiere desinstalar de la ficción, y ni siquiera tiene en cuenta la “imaginación histórica”, término referido por Hayden White con el que indica que incluso el historiador más avezado se sirve de un elemento ficcional para comprender el periodo histórico que se propone analizar; el científico social piensa que tiene que hacerlo; que es un requisito si quiere ser tomado “en serio”; que sólo de esta manera se puede justificar como científico, y un científico que se precie de tal, no reflexiona sobre la inutilidad de sus esfuerzos, como sugiere Ibáñez. Pero tal vez ni siquiera ese sea el problema, el del afán de científicidad; el problema, quizás, tiene que ver con la justificación de un estilo de vida, la legitimación de un sueldo y de un estatus de científicidad. A éste tipo de académicos le sucede lo que le sucedió al Emperador en la fábula, va desnudo aunque esté convencido de que lleva su mejor traje.

En ocasiones, incluso, se pone en evidencia una persecución de los intentos de interdisciplinariedad, que alcanzó niveles más que notables con Gutiérrez Girardot y con Estanislao Zuleta. Ellos propusieron modos distintos de interrogaciones críticas; tuvieron una concepción demasiado parecida sobre la importancia del arte como forma de conocimiento. El objeto de estudio era analizado desde diversas dimensiones.

Gutiérrez y Zuleta cuestionaban desde el arte y la literatura, y sus herramientas de análisis eran la filosofía y la historia. Marx, Hegel, Nietzsche, y para Zuleta, el Psicoanálisis, e incluso Kant.

Es curioso que para estos dos pensadores, haya sido su persistencia en el juicio estético lo que respaldó su pasión por el pensamiento y su rigurosidad intelectual, y que a través de esta manera se pueda apreciar en toda su magnitud, el resultado de construir un trans-saber. En ellos podrían erigirse Facultades de Humanidades, en las que la filosofía, la estética, la ética, la semiótica y demás ciencias sociales, estarían intercomunicadas y dispuestas a construir un pensamiento complejo, que se proponga pensar el país, la región, América Latina y el mundo.

Zuleta, citando a Kafka, señaló uno de los problemas de la Academia en los que, desde mi percepción, el afán de especialización, ha limitado el desarrollo de las ciencias sociales. Refería la necesidad de “ver con nuevos ojos”; ojos aguzados por los métodos rigurosos de lectura, armados con las herramientas del conocimiento que ha sido producto de la reflexión continua y persistente, y cuyas cumbres son sus pensadores, filósofos y escritores de cabecera (Zuleta, 1986, p. 3). Gutiérrez y Zuleta como lectores se constituyeron en paradigmas del pensamiento en Colombia, y ambos fueron críticos acérrimos de los antros universitarios que pusieron en duda, tal como lo había hecho Harold Bloom, el concepto de educación superior.

La Universidad de provincia no provoca pensamiento complejo producto de un trans-saber; por el contrario, lo castiga; no produce alternativas que construyan conocimiento complejo, las recela y las espanta; las evalúa de manera imprecisa porque carece de los elementos intelectuales para hacerlo; está más enfocada en convertirse en un fortín burocrático, y en producir certificados y diplomas, que en buscar que se establezcan redes de conocimiento o al menos en que se dedique una parte de sus esfuerzos en debatir el problema de la memoria, o el de la lectura y la escritura, que son la base no sólo de la producción académica, sino de la cultura académica, y que, paradójicamente, es parte de la legitimación de líneas de investigación que validarían los

esfuerzos de grupos que se dedican a estudiar el problema de la estética, los lenguajes, las lecturas, los territorios, las memorias, y cualquier artefacto que se constituya en fuente de conocimiento crítico.

La especialización no permite comprender que hay pedazos del mundo que sólo pueden ser pensados desde el arte, la poesía y la literatura, y que han sido relegados e incluso desterrados de las universidades, sin adecuados debates intelectuales y teóricos, ojalá alejados de los dogmatismos que se empeñan en ver un laboratorio o un negocio donde hay un vestigio de memoria o un tejido cultural.

Gutiérrez Girardot planteó la posibilidad de establecer un marco de conocimiento de América Latina desde la Literatura y las Ciencias Sociales. Y aunque parezca extraño, ese problema de América Latina es asumido también desde la literatura. La imagen de América Latina en, o lo que significa ser latinoamericano, o la percepción que existe sobre lo latinoamericano en la literatura. Roberto Bolaño, por ejemplo, decía que no era chileno, ni mexicano, ni español, sino latinoamericano, y su literatura que recorre territorios marcadamente latinoamericanos, pareciera ser una respuesta a la imagen que se han construido los españoles de nosotros, y que se pone en evidencia en casos concretos, con los recientes premios concedidos a escritores latinoamericanos, que van desde Abril Rojo (2006) de Santiago Roncagliolo hasta Tres ataúdes blancos (2010) de Antonio Ungar, o el reciente premio Alfaguara de novela concedido a Juan Gabriel Vásquez por su novela El ruido de las cosas al caer (2011). El exotismo premiado es prueba de esa imagen que se tiene de la literatura latinoamericana, que oscila entre una literatura necesaria y una literatura efectista, y que pone en duda el espíritu de la literatura que se pasea sobre las aguas de lo que Harold Bloom denomina como el canon occidental, y que no es más que la depuración de la ficción de tal forma que sirva de espejo al mundo. La novela latinoamericana pareciera estar subyugada y destinada a no salirse de ciertos parámetros impuestos por estas editoriales y estos premios.

A este respecto, el mexicano Enrique Serna, en una columna publicada en la revista Letras Libres, señala

esta mezquina actitud de las editoriales españolas frente a la literatura latinoamericana:

Entre las repúblicas literarias de lengua española existe una guerra fría disfrazada de fraternidad. Por el gran poder económico de la industria editorial ibérica, los editores de la madre patria tienen una cuota excesiva de poder cultural, pues no solo deciden lo que se debe leer en su país, sino en las viejas colonias de ultramar (Serna, 2011).

Resulta interesante reflexionar este problema porque aunque pareciera concernir más al marketing que a lo propiamente literario, se trata de un problema central para la cultura latinoamericana, porque se cuestiona la imposición de las lecturas y de la visión estética, por parte de estas editoriales. Sin embargo, esta cuestión puede verse también, desde parámetros establecidos por escritores premiados curiosamente por estas mismas editoriales; el caso más dicente es Ricardo Piglia; un maestro universitario y un escritor convencido de las implicaciones éticas y del compromiso del escritor con la dignidad de un continente. Para este argentino, al contrario de lo que opinan críticos literarios como Harold Bloom, la literatura en América Latina ha sido un pretexto para pensar lo político y para dignificar la memoria. En su ensayo *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)* (2001), una clara respuesta a uno de los trabajos de Ítalo Calvino *Seis propuestas para el próximo milenio* (1985), Piglia reflexiona sobre esas alternativas que propone la literatura para "narrar lo real", y que a mi juicio se concretan en la polifonía, los símbolos como conversación entre lo que podría ser la percepción de lo real y la ficción, el dialogismo, los lenguajes, la aparente dialéctica entre lo real y lo estético, la representación del devenir, la amistad, como entramados en los que se proyecta el problema del poder o sus efectos.

Y sumándonos a los interrogantes que guían este par de ensayos, se puede agregar uno más que guíe lo que se busca discutir aquí: ¿Qué pasa con la literatura desde las Ciencias Sociales? Calvino y Piglia se preguntaban por la literatura en el futuro, con la diferencia de que Piglia lo hace específicamente desde Hispanoamérica, o desde éste "suburbio del mundo" como él lo llama,

subrayando que la literatura por sus medios específicos, es la única que puede brindar ciertos elementos de reflexión sobre "la realidad y la experiencia con el lenguaje", pero sobre todo, con esa realidad que se representa en forma de espejismos culturales, que se acatan o que se revalúan desde el arte, y que parecieran asumirse como la persistente refundación de arquetipos que definen los rostros y los silencios de todo un continente, y aquí las ciencias sociales podrían dedicar un tiempito para la reflexión.

Piglia comienza haciendo referencia al problema de la tradición en un continente que no es consciente de su precariedad, construida sobre los rezagos y efectos disimulados del colonialismo, el macabro influjo de las dictaduras, los efectos del mercado, la esclavitud, la ignorancia y el enajenamiento, al que son sometidos cientos de millones de personas, y sugiere que la literatura tiene mucho qué decir sobre esta "tradición" tan discutible y sobre sus vasos comunicantes; lo interesante es que este problema ya había sido abordado por Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes o Gutiérrez Girardot; con la particularidad de que Piglia advierte que si se cede al impulso de pensar la tradición desde la literatura, se terminará por visionar la sociedad del futuro, como quiera que se estudian ciertos valores que trascienden el tiempo, como, por ejemplo, el del compromiso con la exigencia y la calidad literaria, ya planteado por Cortázar en "Algunos aspectos sobre el cuento", en contraposición a lo que premian las editoriales hoy en día. O lo que se place en estudiar con apasionamiento Gutiérrez Girardot, y en ofrecer como parte de una tradición específicamente latinoamericana, en el que la literatura, óigase bien, es concebida como una institución al margen, que hace parte de lo que aún puede denominarse como superestructura, y que funciona como un entramado que incluye lectores, editoriales, tertulias, cafés, difusión, revistas, reseñas, ferias, escritores, es decir, toda una institución descuidada por los estudiosos de la Academia, y muy poco reflexionada desde las ciencias sociales, a menos que estos estudiosos se hayan logrado zafar de la carga de la especialización que no permite el diálogo de las disciplinas entre sí.

Sin embargo, existe un elemento dentro del ensayo de Piglia que me parece demasiado importante como para

dejar de mencionarlo, y es el papel que le otorga al escritor cuando se asume como un intelectual, aunque no sea de sencilla categorización dentro de los parámetros con los cuales se reconoce a un intelectual, como los que plantean Gonzalo Sánchez o Fernando Uriceochea, pero que se remite a los orígenes que legitiman el concepto en la figura de Émile Zola, y su concepción de la justicia y de los valores universales durante el caso Dreyfus, y que a juicio de Anatole France, le "hicieron ser un momento de la conciencia humana". Y eso parecieran ser muchos escritores que asumen la escritura con responsabilidad: momentos de la conciencia humana.

Piglia ubica a Rodolfo Walsh en la literatura argentina como el epitome del escritor que lleva al límite "la noción de responsabilidad civil del intelectual". Walsh es autor del célebre texto *Operación Masacre*, y de una "Carta abierta de un escritor a la Junta Militar" que distribuyó el 24 de marzo de 1977, y que finalmente le costó la vida a manos de los militares argentinos. Y Piglia que se propone hablar del futuro de la literatura comienza hablando del caso Walsh. Y me van a perdonar lo que voy a decir pero al leer la carta de Walsh no dejaba de pensar en Eduardo Caballero Calderón, e incluso en todo su clan familiar, junto con yerno incluido, es decir, el señor Carlos Mayolo; o para ser más "científico" (por aquello de las fuentes), no dejaba de pensar en el Caballero Calderón declarado antipatriota y furibundo escritor, pensando en su obra como una fuente testimonial, en la que en cierto sentido, se reflejaba la Colombia de mediados del siglo XX como una continuación tortuosa de los conflictos que no se resolvieron en la Colombia del siglo XIX.

En el 2010 se celebraron los cien años del nacimiento de Caballero Calderón, y Boyacá y la UPTC, no se dieron por aludidas; la Academia Boyacense de Historia publicó un folleto en conmemoración, en el que se cumple lo del programa de televisión, lo importante es la intención, porque el texto carece del análisis profundo de lo que significó la obra del escritor que habló de Boyacá antes de que surgieran *Comala* (1955) y *Macondo* (1967); un escritor que habló del problema de la tierra antes de que lo hiciera Orlando Fals Borda; un escritor que denunció la relación entre la violencia

política y la religión, antes de que llegaran historiadores y sociólogos; un escritor que por poco es linchado en Tipacoque, luego de la publicación de *El Cristo de espaldas* (1952), y quien se declara abiertamente como un antipatriota en oposición al gobierno de turno, en ese entonces, el de Laureano Gómez, quien se proponía acomodar la Constitución según sus intereses. Guardadas proporciones entre Walsh y Caballero, ambos asumieron la literatura como una trinchera, en ausencia de una Academia a la altura de las circunstancias, o de una élite intelectual a la altura de las circunstancias, cuando las circunstancias no son otras que las que erigen la muerte como solución de los problemas, es decir, la puesta en marcha de un modelo genocida a la colombiana, similar a la "solución final" aplicada por los nazis y que le costó la vida a miles de judíos, como aquí a miles de colombianos. Escritores que asumieron la literatura como una responsabilidad intelectual en la que lo estético era lo ético y lo social; en la que las palabras y las fabulaciones eran cauces para contener a la muerte.

Valdría la pena recordar el texto de Ricardo Silva Romero *Llegar al destino*, el oráculo de Eduardo Caballero Calderón (2010), en el que señala algo que nadie pareciera querer aceptar, que Colombia vive en una anomalía histórica que permite advertir que no ha salido de la violencia sencillamente porque aún perviven las causas de la misma, y para explicarlo bastaría darle a Alfonso Cano, a Mario Uribe, al mismo Álvaro Uribe o a Andrés Felipe Arias, y, por otra parte, a Juan Camilo Restrepo, a un desplazado, la novela *Siervo sin tierra* (1954), y luego sentarnos a escuchar sus puntos de vista, y luego preguntarles por las tierras de los casi 50 líderes que han sido asesinados en los dos últimos años, por exigir que les devuelvan las tierras que les robaron. Silva Romero termina su semblanza sobre Caballero Calderón de la siguiente manera:

Porque su vida fue una parábola: porque aquel hombre de barba de las fotografías en blanco y negro, que nos mira fijamente con el valor de los tímidos, que carga el peso de las cosas en la palma de la mano, estuvo aquí para decirnos que hacemos parte de este mundo, que tenemos que poner los pies en nuestra propia tierra, que los escritores no existen en los libros sino en los tiempos de crisis,

que sólo merece la muerte quien ha puesto por encima la vida de los otros. Pero hablamos de él, sobre todo, porque hoy, igual que ayer, sus narraciones nos dan permiso para hacer parte del mundo, nos despiertan a una realidad en la que es un deber moral sentirse incómodo, nos llevan desde el principio hasta el final con un lenguaje compasivo que viene del principio de los tiempos. Eso es. Sus personajes están aquí para que no confundamos "injusticia" con "destino". Sus historias hacen posible nuestra historia (2010).

Y aquí vamos, intentando justificar un campo prolífico de investigación que ya ha sido iniciado de manera poderosa por pensadores colombianos, y que incluso serían la base de un escenario sobre el que se podría erigir una Facultad de estudios humanísticos, o al menos, líneas de investigación inéditas en esta parte del país, y necesarias si es que se quiere hablar de interdisciplinariedad y calidad académica.

Comenzamos hablando del Quijote como un espejismo de América Latina, y a estas alturas estamos hablando de don Eduardo Caballero Calderón, minucioso lector del Quijote, y un Quijote también latinoamericano, que recorrió este continente no a lomo de motocicleta como lo había hecho el mayor Quijote de todos, el Che Guevara, sino a lomo de palabras. Un escritor cuyos valores literarios atraviesan la historia del país, y se engarzan en un holocausto que marcó el devenir de múltiples generaciones. Una violencia que era la continuación de las guerras civiles del siglo XIX, y que se degeneró aún más con el surgimiento de las guerrillas, el paramilitarismo y el régimen mafioso que ha ido derruyendo el Estado.

Si la literatura provoca el sentido, es conocimiento dialogante con otras formas de lenguaje y otras formas de representación, no sólo estética, ¿Por qué no habría de establecerse un dialogo con las formas de conocimiento que buscan estudiar al hombre? ¿Por qué se exige un lector estéticamente frívolo, demeritando de esta forma la estética y la literatura? O mejor ¿Por qué lo estético no se asume desde las empobrecidas ciencias sociales? ¿Por qué ya no puede leerse desde la humanidad que es el soporte de las ciencias sociales?

¿Por qué se intenta parcelar el acto de la lectura como sucedió con las humanidades, hasta el punto de que son irreconocibles entre sí? ¿Podríamos proponer un tema que englobara la escatología y la literatura, o la guerra y la literatura, para ver cómo en América Latina, la literatura es un escenario en el que también se dirimen los conflictos? ¿Podríamos proponer el encauzamiento de estos distintos discursos como un método para debatir, cuestionar y reflexionar la realidad, partiendo de la idea de que la literatura es otra forma de lectura del devenir, un discurso, o un artefacto que se transforma en una fuente historiográfica al ser abordada con intenciones historiográficas, o un documento antropológico si se analiza desde perspectivas antropológicas, que pudieran develar la carga social y humana que poseen? ¿O incluso no podríamos atrevernos desde las ciencias sociales a ser subversivos, y plantear que la literatura debiera recuperar su oscura transparencia, para que así indagemos en sus líneas lo que sólo ella puede decir?

En América Latina la literatura fantástica podría ser la continuadora de la tradición quijotesca, el espejismo opuesto a la modernización salvaje de un continente que fue devastado para que los viejos imperios ahora vivan relativamente bien, o por lo menos, seguros en esa estúpida y retorcida moral que los ha hecho pensar que son mejores que el resto de los seres humanos, y que los habitantes de los suburbios del mundo sólo sirven para ser porteros, empleados domésticos o inmigrantes ilegales a los que se debe negar la dignidad. La literatura sugiere que todo ser humano tiene dignidad y que todo latinoamericano pertenece a una tradición que dignifica. Se dirá que no todo escritor lo hace, es decir, ser abanderado de la dignidad humana, o el vocero lúcido que se propone reflexionar sobre lo que se ha dado en llamar la condición humana. Sin embargo, esta cuestión ya había sido resuelta por Elías Canetti desde 1936, en pleno auge del nazismo.

Canetti en uno de sus discursos sobre Hermann Broch refiere las condiciones que se exigen a todo escritor para que esté a la altura de su tiempo:

El primer atributo del verdadero escritor consiste en vivir entregado a su tiempo; el segundo atributo consiste en la voluntad de sintetizar su época, una

sed de universalidad que no se deje intimidar, y la tercera exigencia, es la de estar en contra de su época, contra la imagen general y unívoca que de ella tiene, contra su olor específico, contra sus leyes... una oposición que habrá de manifestarse en voz alta (2001, pp. 10-22).

“El arte es el único método de que disponemos para decir ciertas verdades” ha dicho Vila-Matas en *París no se acaba nunca* (2003), y ese es el fundamento de la literatura. Y Ricardo Piglia ha dicho que la novela es una épica sin dioses, donde lo que importa son los personajes. Y en esa novela llamada América Latina han pasado muchos, cientos de miles de quijotes cotidianos, y muchos espejismos, y muchas Aldonzas, y uno que otro Sancho;

videntes que terminan siendo “momentos de la conciencia humana”, así como lo fue Émile Zola al decir de Anatole France mientras sepultaban a su amigo, quien falleció en sospechosas circunstancias luego de haber combatido la injusticia, o la indignidad que significa saber que han culpado a un inocente; personajes irreconocibles e impensables que han salido de la caverna -si somos socráticos-, o que han dejado la minoría de edad -si nos acercamos a Kant-, y que ponen en evidencia las fórmulas y las tradicionales formas de explotación que nos han hecho lo que somos, y que incluso trazan en su sino respectivo, un argumento sobre el que se puede reconstruir el continente latinoamericano, el personaje principal, el protagonista de la novela, sobre el que mueren por igual, lectores, personajes, dioses y canallas.

Referencias

- Braudel, F. (1975). *Las civilizaciones actuales*. España: Tecnos.
- Caballero, E. (1986). *El Cristo de Espaldas*. Medellín: Bedout.
- Caballero, E. (1994). *Siervo sin tierra*. Bogotá: Panamericana.
- Calvino, Í. (1985). *Seis propuestas para el próximo milenio*. España: Siruela.
- Canetti, E. (2001). *La conciencia de las palabras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, R. (1989). *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Cave Canem.
- Gutiérrez, R. (2004). *Heterodoxias*. Bogotá: Taurus.
- Gutiérrez, R. (2006). *Tradición y ruptura*. Bogotá: Debate.
- Ibáñez, J. (1990). *Nuevos avances en la investigación social*. España: Proyecto A.
- Le Goff, J. (1995). *Pensar la Historia*. Barcelona: Altaya.
- Piglia, R. (2001). *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Silva, R. (2010). *Llegar al destino, el oráculo de Eduardo Caballero Calderón*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Williams, R. (1991). *Novela y poder en Colombia. 1844-1987*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Zuleta, E. (1986). *Arte y filosofía*. Medellín: Quipus.